

tente leyenda que ligaba su rebeldía individual a una estética inspirada inicialmente en su devoción sentimental por la causa tradicionalista, al margen de su atípica evolución ideológica.

Lo que este libro viene a documentar con generosidad es que Valle-Inclán, pese a su extremado individualismo, se integró en la minoritaria aristocracia del intelecto, o del espíritu, interesada en la defensa del bien común. Y lo hizo desde su juventud, asumiendo posiciones frente al adulterado sistema político de la Restauración que, en su primera fase, pudieron verse como antidemocráticas y antiparlamentarias, pero que, en lato sentido, no se alejaba gran cosa de otros versátiles regeneracionistas del novecientos, simpatizantes de las dictaduras tutelares y de otras medidas radicales de fuerza progresista.

Partiendo de que la definición de intelectual está sujeta a prácticas muy diversas que dan lugar a un concepto difuso, sujeto a variables históricas, la autora de este libro, en sus reflexiones previas, identifica tal condición con una actitud crítica desligada de intereses de partido y considera el periodo de la guerra del 14 como el momento de mayor independencia de los intelectuales en España, coincidiendo con los años de la conocida inflexión ideológica valleinclaniana. En el decenio siguiente, nuevos modelos políticos revolucionarios los fueron empujando a la organización partidista que precedió al advenimiento de la Segunda República. Pero, incluso en este periodo Valle-Inclán conservó el distintivo de su independencia intelectual más allá de toda componenda.

La profesora de Juan Bolufer hace hincapié en el hecho de que la condición de Valle como intelectual se percibió preferentemente «durante su oposición a la dictadura de Primo de Rivera y, en algunos casos, durante la República». Sin embargo, su atípica evolución, sus excentricidades y desplantes, han supuesto frecuentes dificultades para encajarlo en el paradigma del intelectual serio y comprometido (pp. 16-18). Ciertamente, si sus ideas políticas pudieron cambiar a lo largo de su vida, en su caso, no es aventurado reconocer un fondo común de rebeldía en hechos tan distanciados en el tiempo como «reventar» una función teatral en 1906 y hacer un desplante al gobierno del directorio, veinte años después. Valle-Inclán –«intelectual por actitud»– vivió en un permanente estado de expectativa crítica propio de la fase ascendente de una utopía cívica cuyo ciclo nunca llegó a agotarse para él, cosa que lo mantuvo a resguardo de la decepción que sufrieron otros intelectuales de su tiempo guarecidos en posiciones cavernícolas. Caer en el ilusorio recorrido que va desde ser intelectual contestatario o «revisionista» en la juventud, hasta terminar como intelectual decepcionado en la madurez con mayor o menor grado de integración orgánica en el sistema hegemónico, es un fenómeno conocido. Pero Valle caminaba hacia adelante mientras otros de su edad se sumían en el desencanto –Baroja–, cuando no en el rearme ideológico reaccionario –Maeztu, Manuel Bueno o Salvador González Anaya.

El propósito de contribuir a explicar razonablemente las posibles contradicciones en la trayectoria de un intelectual ingobernable que a su vez fue un admirable artista, lleva a la autora de este libro a adoptar una metodología basada en la rigurosa contextualización de un amplio corpus de apariciones públicas, seleccionadas y ordenadas mediante una minuciosa documentación manejada con precisión y amenidad. No es ninguna sorpresa porque la profesora Amparo de Juan –infatigable valleinclanista– tiene acreditado un exigente conocimiento de la vida y obra del escritor de Vilanova de Arousa, y ha indagado en sus más diversas facetas, desde el análisis literario de su técnica narrativa hasta cuestiones relativas a la recepción externa, a epistolarios y a

diversos procesos de transmisión textual. Bien conocida es su aportación al establecimiento de la complejísima bibliografía valleinclaniana en colaboración con el profesor Javier Serrano Alonso de quien se declara deudora en la elaboración de este libro. De un tiempo a esta parte, su interés por las entrevistas y declaraciones del escritor gallego estaban presagiando una visión de conjunto como la presente donde analiza una serie de incidencias valleinclanescas que se enraízan y ramifican colateralmente en su contexto histórico nacional e incluso europeo, bordeando la exhaustividad sin perder la objetividad ni la perspectiva global.

*La voz pública de Valle-Inclán*, siguiendo el hilo cronológico en todos los casos, dispone los documentos editados en dos apartados de desigual extensión. En el primero de ellos se recogen tres olvidadas entrevistas periodísticas de distinta tipología (declaraciones, encuesta e interviú de preguntas y respuestas), como muestras representativas de las modalidades canónicas de un género que –advierte la autora– por haber sido «el campo más trabajado por la crítica» recibe en su libro menor atención. Abren la serie unas declaraciones de Valle sobre el hipotético origen galaico de Colón (*La Publicidad*, Barcelona, 13-6-1911 reproducidas por otros medios), cuyo remoto precedente –aunque con diversa tesis– está en un antiguo artículo publicado en *El Universal* de México, en 1892, centenario del Descubrimiento. El escritor que pudo conocer en 1910 los argumentos de García de la Riega sobre el origen gallego del Almirante los hizo suyos en dicha entrevista, coincidiendo con momentos de reivindicación patriótica que elevaba la virulencia ocasional de la polémica sobre un asunto hasta cierto punto intrascendente. La documentación del caso se cierra prestando atención a secuelas en los años 1920 –quizá apócrifas– en las que Valle entra en contradicciones que Amparo de Juan estima desconcertantes en un escritor que había estudiado con detalle las controversias sobre este asunto colombino. El segundo texto editado corresponde a una encuesta artística propuesta por *El Día* (25-3-1917) sobre la reforma del reglamento de las Exposiciones de Bellas Artes, impulsado por el ministro Julio Burell. A ella respondía Valle-Inclán, secundado en tertulia por Ricardo Baroja y Romero de Torres. En su contextualización la autora se remonta a sus anteriores reseñas críticas de las Exposiciones Nacionales, cimiento de su autoridad en materia estética, la primera de las cuales le había sido encargada precisamente por Burell cuando era director de *El Mundo*, en 1908. La última de estas entrevistas (*El Nervión*, 12-6-1923) –más extensa y formalista– respondía a una exposición de su amigo el pintor Juan de Echevarría (Bilbao, junio de 1933) poco antes del pronunciamiento de Primo de Rivera. Lo más destacado es que el entrevistado no consideraba a Echevarría un pintor vasco sino cántabro. Valle-Inclán –fiel a la estela neorromántica del «alma» de los pueblos, tan extendida a principios de siglo– identificaba naturaleza y valores culturales, afirmando su percepción del País Vasco como parte de una geografía estética común a toda la cornisa cantábrica, determinante de «una mentalidad y una sentimentalidad» propias (p. 42).

La segunda parte del libro –mucho más extensa– desentraña la urdimbre contextual de decenas de documentos –en su mayor parte cartas públicas de firma conjunta– cuya precisa indización cronológica (pp. 179-185) permite localizar fácilmente los textos editados en la exposición temática –diversificada en once supuestos tipológicos– y, a su vez observar la creciente curva temporal de apariciones del escritor asociado a otros colegas en funciones «intelectuales», cuya mayor frecuencia se produce en los seis últimos años de su vida (1930-1935). Cada uno de dichos tipos abarca un número variable de referencias ordenadas cronológicamente, pero de ellas sólo se escogen

para su edición los textos más olvidados o de más difícil acceso. Sin ánimo de jerarquizar, a título de muestra, prueban la actividad intelectual del escritor su firma en apoyo de Zola y de la revisión del caso Dreyfus (11-2-1898); una carta a Unamuno (9-2-1905) pidiendo su adhesión a la protesta de los intelectuales contra Echegaray, interesante porque desvela una de tantas vías privadas para forzar compromisos públicos (pp. 59-60), o peticiones de indulto, como la dirigida al Presidente de Guatemala en favor del poeta José Santos Chocano, en mayo de 1920. Valle-Inclán expresó su rechazo a la pena capital siempre que tuvo ocasión desde el primer acto público en que participó en 1888 (p. 57) hasta noviembre de 1935, semanas antes de su fallecimiento, cuando su nombre encabezó –como Presidente de Honor del Comité contra la Pena de Muerte– un llamamiento de solidaridad a favor de los condenados por los sucesos de octubre de 1934 (p. 90). Se registra también su firma en favor de los mineros de Río Tinto (27-11-1920); en la exigencia de responsabilidades por el Desastre de Annual (18-7-1922); en varias denuncias por incumplimiento de las bases de concursos y proyectos oficiales de Bellas Artes; en la preocupación por el mercado del libro y por la situación profesional de los escritores, apoyando a los gestores de C.I.A.P. de quienes recibía tres mil pesetas mensuales, cuya falta agravó su situación pecuniaria en 1931 (pp. 100-101); en manifiestos electorales dando apoyo a Lerroux (junio 1931); en protestas internacionales como la dirigida al presidente de los Estados Unidos en 1933 en ayuda de Thomas Mooney y Warren Billings, dirigentes obreros condenados irregularmente por supuesto terrorismo, encarcelados desde 1916 (pp. 87-88), o en su adhesión al Comité presidencial de la Asociación Internacional de Escritores para la defensa de la Cultura en 1935. En tan variado repertorio, del que apenas cabe dar aquí cuenta aproximada, no resulta discordante su firma en la convocatoria de un homenaje al novillero Juan Belmonte (28-6-1913) –revolucionario del toreo– meses antes de su alternativa, asunto que, por otra parte, Amparo de Juan ya había tratado en su artículo «Valle-Inclán, la tragedia y los toros» (2010).

No faltan noticias de su participación en una nutrida serie de convocatorias de banquetes, atractivo y fiable indicador de la sociabilidad de los intelectuales, motivados por homenajes a escritores, artistas plásticos –Cristóbal Ruiz, el chileno Lorenzo Domínguez, Miguel Viladrich– o gente de teatro, desde Eduardo Marquina a Margarita Xirgu, Benavente y Antonia Mercé. Algunos de estos banquetes eran de inocua apariencia, como el muy festivo dedicado a Julio Camba en 1929, tras la falsa noticia de su fallecimiento. Pero, como muy bien observa Amparo de Juan (p. 75), en las más inocentes y lúdicas reuniones gastronómicas se acababan pronunciando discursos políticos críticos con el poder, que llamaban a la movilización o a la disidencia. La autora (p. 48), coincidiendo con Laurie-Anne Laget (2009), considera «la posibilidad de analizar a través de los banquetes las dinámicas socio-culturales en términos bourdieusos de redes, conflictos y toma de posición dentro del campo» para detectar tramas intelectuales dando visibilidad simbólica a las relaciones amistosas entre convocantes y asistentes, de las que la prensa solía ofrecer cumplida reseña. Posibilidad que se hace más palpable en los banquetes políticos, de tan arraigada tradición en la España contemporánea, los cuales, desde los primeros años del canovismo, venían sirviendo para camuflar mítines no autorizados. También en los agitados tiempos de Dámaso Berenguer, buscaron frecuente excusa en motivaciones literarias. Homenajes a escritores «con lectura política» y los consiguientes discursos «improvisados» contaron con la generosa presencia de Valle-Inclán en el año de vísperas de 1930, como el de Ciges Aparicio, a fines de octubre (pp.79-81). Ya en tiempo republicano, mayo de 1931, su

adhesión a la lisonjera glosa –urdida en otro banquete– a su contertulio Manuel Azaña, reciente autor de *Plumas y palabras*, dejaba entrever cierta incoherencia en el confuso impulso que lo llevó a suscribir un mensaje de aprecio a «la áspera honradez democrática» del ministro, al «hidalgo recato» con que cultivaba su arte, y a «la rara exquisitez de lo que produce» (p. 74), mientras en situaciones coloquiales Valle tildaba al homenajeador de mediocre, falto de imaginación, de cuyos escritos nadie había hecho caso antes de su llegada al poder –si hemos de creer el testimonio del propio Azaña en sus *Memorias políticas y de Guerra* (nota del 15-7-1931). Si en contradicciones como esta cupiese suponer cierto reflejo instintivo de demanda ante el amigo encumbrado en espera de alguna sinecura en la Administración del Estado, cabe decir que Valle-Inclán, intelectual inmanejable, no encajaba en el pellejo de un alto funcionario y rechazaba visceralmente la idea de convertirse en «un mendigo de la República», como prueba su nada convencional actuación durante el tiempo que ejerció el cargo de Conservador General del Patrimonio Artístico, entre agosto de 1931 y junio de 1932. Por supuesto, en casos como en el mencionado de Ciges Aparicio de quien no podía aguardar otra cosa que gratitud, se imponía un sentimiento noble de simbólico reconocimiento hacia el viejo compañero de campañas intelectuales que, en 1902, había sido uno de los primeros comentaristas de *Sonata de Otoño*. Respecto a la firmeza de esta actitud podríamos quedarnos con su brindis improvisado en la cena a Álvarez del Vayo –recién nombrado embajador en México (mayo de 1931)–, mediante el cual fijaba su posición intelectual sujeta a su ilusoria fe en la pureza política del nuevo régimen: «Hoy los hombres de la República nada ganamos tampoco en materia contributiva ni hemos pensado primordialmente en ninguna mejora material. A todos nos ha movido un impulso de dignidad. Esta ha sido la revolución de los hombres de bien.» (p. 77).

Tan frenética llegó a ser la actividad banquetera de Valle-Inclán a principios de los años 1930, que Amparo de Juan supone con toda verosimilitud (p. 49) la posibilidad de que el escritor se adhiriese nominalmente a muchos más ágapes de los que tenía capacidad para asistir por tiempo y disponibilidad económica. En definitiva, Valle-Inclán se manifestaba a diestro y siniestro sin prestar más atención a la jerarquía del motivo que a la justificación ética o estética que –con más o menos objetividad– le mereciera cada uno de ellos, ya fuera en el campo ideológico, en el literario o en el del espectáculo. Lo que cuenta es que su rebeldía de intelectual cautivado por la moral de la modernidad conservaba intacto el orgullo y la dignidad del artista romántico destronado. Su desclasada disposición revolucionaria no admitía transacciones conscientes ni se preocupaba de incurrir en alguna que otra contradicción –las «luces» y «sombras» de que nos previene la autora (p. 150). Capaz de apelar a la munificencia de un monarca, de un ministro o de un influyente jerarca de la prensa, pero mucho más capaz de preservar su insobornable rebeldía rechazando beneficios inmediatos por un detalle inadecuado o por su menosprecio de la norma burocrática, aunque le ocasionara perjuicio material. Un modelo sin precedentes en la cultura española del siglo XX.

En el «apunte final» (pp. 149-151), desde la perspectiva de 2013, la autora actualiza la afirmación de Dru Dougherty, enunciada en 1983, acerca de que en la figura pública del escritor confluían «centelleos del hombre íntimo, luces del literato y verdaderas llamaradas del intelectual que respondía a las circunstancias». Amparo de Juan corrobora muy gráficamente esta apreciación al comprobar que, treinta años después, la documentación histórica aportada en esta monografía le permite añadir

que «las llamaradas se han convertido en luminosos incendios». Tales son las dimensiones del corpus mediático recogido en este volumen que se suma explícitamente a otros estudios anteriores sin el menor propósito de mitificaciones innecesarias para un escritor del alcance universal de Valle-Inclán.

Imposible dar cumplida cuenta aquí de las muchas informaciones y atinadas reflexiones que se van desgranando a lo largo de este libro. Imposible resumir los abundantes instrumentos contextuales que se manejan con envidiable habilidad, probando que la investigación periodística sigue siendo una vía muy productiva para profundizar en los aspectos externos de la historia literaria y en sus conexiones con la historia general de la cultura.

CECILIO ALONSO  
VALENCIA

**José Jurado Morales. *Las razones éticas del realismo. Revista Española (1953-1954) en la literatura del medio siglo. Sevilla. Renacimiento. 2012. 412 páginas.***

En los estudios de la historia de la literatura del medio siglo español aparecen dos revistas literarias como relevantes núcleos aglutinadores: *Laye*, del grupo generacional barcelonés; y *Revista Española*, del madrileño. A diferencia de la catalana, la revista madrileña no había recibido una atención acorde con el interés que suscitan sus frecuentes referencias. Esta razón, asociada al convencimiento de que las revistas anteceden y anuncian el devenir de las corrientes ideológicas, culturales y estéticas, junto a su dedicación al campo de las revistas y a la literatura de aquel período, ha llevado al profesor Jurado Morales a la investigación profunda y minuciosa del fenómeno literario que constituyó la aparición de *Revista Española*, abordándolo desde sus aspectos más extrínsecos hasta los más intrínsecos literarios, con el espléndido resultado que este libro nos ofrece.

El ameno relato de la gestación de *Revista Española* muestra ya las características de este tratado: amplia documentación que desde la anécdota y los datos concretos derivan hacia consideraciones más trascendentes y una articulación coherente y progresiva, dirigida al descubrimiento de un asunto central: la novedad que esta publicación aporta en su patrocinador y sus responsables. Aquí, y dentro del escenario socio-político franquista, emerge la figura de su fundador, don Antonio Rodríguez-Moñino, un docente liberal, depurado y represaliado por el Régimen. Exiliado en su propio país y reconocido fuera, va reanudando la vida social y cultural, acudiendo a tertulias de cafés y restaurantes. En ese círculo fructifica la idea de fundar una revista, libre e independiente, que dé cobijo a los jóvenes, quienes saludan eufóricos el proyecto. Cuenta Moñino con la colaboración de los hermanos Soler, propietarios de la editorial Castalia, a la que el bibliófilo estaba ligado. Y elige a tres incipientes pero prometedores escritores como principales responsables: Ignacio Aldecoa, seductor, aglutinador y vitalista; Alfonso Sastre, líder de iniciativas teatrales innovadoras y de acusado carácter político-literario; y el excéntrico Rafael Sánchez Ferlosio, de formación cultural hispanoitaliana tan influyente, señala Jurado, en la acogida del neorrealismo por *Revista Española*.

Pero, además, los vastos anhelos culturales de un hombre sabio y erudito le hace a Moñino concebir su obra con una identidad polifónica, que sirva de caja de resonancia también a otras artes diferentes a la narrativa (artes plásticas, música, teatro, cine y discos). Para ello conforma un equipo de críticos muy acreditados en sus res-